

## POR ÉL, CON ÉL Y EN ÉL

Cuando empezamos a planear este VII Encuentro Mundial, dije a los miembros del Ejecutivo del OMCC que apostaría no iban a venir más de 100 por lo lejos que quedaba Australia del resto del mundo. Con 177 registrados estoy contento, aunque no encantado: Resulta, pues, que me equivoqué. He donado 50 dólares a la Sociedad de S. Vicente de Paul que hace mucho en nuestra sociedad por asistir a la gente necesitada.

Pensando en cómo habéis llegado viajando a este país, muchos acaso por primera vez (por favor, que levanten la mano quienes están por primera vez aquí) – espero que podáis ver algo de la belleza natural de este gigantesco país. Pensé en lo que dijo el Papa Francisco sobre su elección como obispo de Roma: Los cardenales tuvieron que ir al fin del mundo para encontrar a ese uno al que desearon tener en este cargo de la Iglesia. Rezo por este Encuentro, que sea lo que corresponde al enfoque de los tres días del Cursillo: un encuentro con uno mismo, con Cristo y con los demás.

El título de esta conferencia, “Por Él, con Él y en Él” nos lleva al corazón de nuestra fe, nuestra identidad y de cómo nuestro mundo, el ambiente en el que vivimos e influimos encontrará la felicidad y satisfacción que ansían. Nuestro movimiento es un movimiento de la Iglesia, y la Iglesia actúa como sacramento que hace presente a Cristo. Lo que decimos en la oración expresa cómo llegamos a parecernos cada vez más a Cristo. Quiero desempaquetar las palabras del título para ver más claramente quién es un cristiano y, con ello, quién es un Cursillista.

Las palabras “Por Él, con Él y en Él”, en latín “per ipsum, et cum ipso et in ipso”, resultan ser muy familiares porque son las palabras que oímos en cada celebración de la Eucaristía. Es la conclusión de la oración eucarística. El celebrante nos presenta los sagrados elementos, el pan y el vino consagrados, y profesa su fe de que Jesús está presente entre nosotros. Los creyentes en Cristo confirman su fe pronunciando el amén. Puede variar la intensidad de la proclamación por el pueblo, pero tenemos que asegurar que sea un “gran amén” y suene como un gran amén. Confirmamos lo dicho en la oración y nuestro compromiso para vivirlo. En la invitación a la sagrada Comunión, el celebrante será más explícito, cuando diga una vez más, presentando ante nuestros ojos la comida y bebida transformados por el Espíritu: “Mirad al cordero de Dios, mirad al que quita los pecados del mundo, benditos los que están llamados a la cena del Cordero”. Los católicos tenemos que ser más fervorosos que muchos de nuestros hermanos y hermanas integristas, fervientes en su proclamación de Jesús como su Señor y Salvador, en nuestra profesión de la presencia de Cristo entre nosotros.

El celebrante no dice que piensen en Cristo. Dice: “Este es, aquí está Cristo entre nosotros. Ecce agnus Dei”. Cada vez que nos pregunte la gente dónde podemos encontrar a Cristo, invítadle a la Misa diciendo: “Este es”. Es el que, tras la resurrección, preparó el desayuno a orillas de Lago de Galilea, Lago de Tiberias: Venid a tomar el desayuno. Esta realidad, por supuesto, tiene profundas

implicaciones para los que celebran la Eucaristía, de cómo actuamos, pensamos, hablamos, cantamos – pero más de eso más adelante.

El beato Juan Pablo II, en la III Ultreya Mundial en Roma, en Julio de 2000, veía en nosotros, los Cursillistas, una respuesta a la pregunta del Papa Pablo VI en la I Ultreya Mundial: “¿Puede el Evangelio imponerse en la persona madura en las culturas urbanas y rurales?” Nuestra presencia en este mundo es un “sí” resonante a esta pregunta. El Papa siguió diciendo que transformamos al mundo llegando a ser hombres y mujeres nuevos. Lo sabemos por experiencia, ya que recordamos nuestra propia transformación que tal vez ocurrió cuando vivimos nuestros tres días o en alguna otra ocasión. Cuando fuimos conquistados por Cristo; cuando cambiamos, el ambiente en el que vivimos necesariamente tiene que enfrentarse al hecho de que hemos cambiado. Nuestro enfoque primario siempre es cada personaje. Dios los ama, pero es posible que no sean conscientes de esta realidad, o bien quedarán profundamente impresionados. Cuando un individuo se da cuenta en lo profundo de su ser de que Dios lo ama, entonces cambia, se transforma.

El Papa Francisco, cuando era Arzobispo de Buenos Aires, dijo en una carta a los Cursillistas: „ Les escribo consciente de las dificultades que presenta la inculturación del Evangelio en la sociedad actual y en la confianza que vuestra audacia y fervor apostólico, nacidos del encuentro personal consigo mismo y con Cristo los lleve a hacer historia, en función del bien, para que muchos hermanos, excluidos o no, que viven en la periferia se sientan abrazados por el amor de Jesús.”

En las palabras “por Él, con Él y en Él” hablamos del Señor resucitado, presente entre nosotros, y de qué van nuestras vidas. En la oración eucarística, el celebrante sigue: “... en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria son tuyos, Padre omnipotente, por los siglos de los siglos”. Ahí, en unas pocas palabras, está contenida la dinámica fundamental de nuestra vida. Nos hallamos unidos en el Espíritu dando todo el honor y la gloria al Padre Omnipotente.

El Señor resucitado quiere a todo cristiano, cada persona a la que ha elegido (recuérdese: “No me habéis elegido vosotros a mí, sino que os he elegido yo a vosotros.” Respondemos” siempre a las personas, respondiendo a una iniciativa que comienza, podríamos decir, al otro lado de la valla. Esa iniciativa comienza por Dios, y no por nosotros). El Señor resucitado quiere que cada cristiano tenga la misma mentalidad que él tenía. Jesús siempre se orientaba en el Padre. Siempre actuaba en concordancia con la voluntad del Padre. Esa fue la configuración fundamental de su personalidad, de su vida. Esta configuración también tiene que ser la nuestra.

Cuando era un niño, las religiosas que me enseñaban nos instruyeron a poner las letras AMDG al principio de cada página de los cuadernos para hacer nuestros deberes. Ad maiorem Dei gloriam – para mayor gloria de Dios significaba, según nos dijeron, ese acrónimo. Sin explicárnoslo, o al menos no recuerdo que nos lo hayan dicho, tomaron esa frase de S. Ignacio de Loyola, quien instruyó a sus compañeros Jesuitas y compañeros de viaje a buscar a Dios en todas las cosas. Solo tendremos una verdadera perspectiva sobre nosotros mismos, nuestras vidas y nuestro mundo acordándonos de Dios.

Pues, venid conmigo a un viaje hacia alguna de las realidades que hay detrás de esas seis palabras.

**Por Él: la realidad de la mediación.** Todas nuestras oraciones concluyen en “por Cristo, nuestro Señor”. Nuestra relación con el Padre está mediada. Algunos lo rechazarán y afirmarán que van directamente al Padre. Rezan al Padre, comunican con él. No están enfocados en Jesús. Puede que sea así en un sentido, en el sentido de su atención hacia el Padre, pero en otro no lo es. Dice el evangelista Juan: “Todo existió por medio de ella (la Palabra de Dios), y sin ella nada existió de cuanto existe (Jn 1,3)”. Con palabras como ésta, estamos profundamente metidos en la realidad de la Trinidad, la relación entre sí de las personas de la divinidad, la revelación asombrosa por Dios de la verdadera identidad de lo divino. No tenemos a la Trinidad como rompecabezas. Es la acción de uno que desea ser conocido por los demás: Esto es lo que soy. El equivalente divino a lo que hacemos cuando les contamos a los que amamos quiénes somos de veras.

La creación es actividad divina, y no simplemente obra del Padre, como podrían hacernos creer las palabras del Credo. La Trinidad es creadora. La Palabra de Dios está entrelazada en toda la estructura de la creación. En la creación no hay nada ajeno a Cristo. Juan retrata a Jesús diciendo que “nadie puede llegar al Padre sino es por mí”. Hablamos de Cristo como mediador, el que va en medio, el uno por quien vamos hacia el Padre. Llegamos a la presencia del Padre por Jesús, incluso si no estamos enfocados en Jesús. Debido a nuestra unión con Jesús estamos conectados con el Padre. Habrá que decir más sobre eso cuando consideremos las palabras “en Él”.

Algunas veces, cuando entregamos algo a otra persona, por ejemplo una carta o un paquete, escribimos encima: “A Juan Pérez por X”. La persona indicada pretende estar segura de que el objeto será entregado. El que lo entrega asume la responsabilidad de lo que es entregado. S. Esteban, primer seguidor de Cristo, que iba a ser muerto por creer en Jesús dijo: “He visto el cielo abierto y al Hijo del Hombre sentado a la derecha del Padre”. Jesús asume la responsabilidad de que lleguemos al Padre. Jesús nos lleva al Padre. Somos los que son entregados.

Permítanme que aquí ponga una nota al pie para volver después a las palabras en las que estamos centrados.

¿Alguna vez os habéis detenido en asombro y reverencia ante la rapidez con la que los seguidores de Jesús hablaron de él como divino, o lo que sus palabras implicaron, y que era el camino al Padre? Los primeros discípulos eran todos judíos devotos y monoteístas, pero aquí están hablando de Jesús en términos reservados anteriormente con exclusividad a Dios.

El evangelio de San Juan se escribió hacia el final del siglo I, o sea 60 años después de la muerte y resurrección del Señor. En ese tiempo, posiblemente los testigos presenciales estaban todos muertos, aunque en tiempos de los primeros evangelios algunos hayan vivido aún.

¿Podéis imaginaros haber sido uno de los testigos presenciales? ¿Haber sido invitados por ese hombre a seguirle? ¿Qué sabéis de él? Mi lectura de los evangelios me hace ver a Juan Bautista como punto de conexión entre Jesús y los discípulos que llegaron a ser un círculo íntimo. Lo digo porque el criterio para ser elegidos a pertenecer a los Doce después de la salida/deserción de Judas es: haber estado presente desde los tiempos del bautizo hasta la Resurrección.

Antes de que Jesús los llamara a seguirle, ya los conocía o ellos le conocían a él. Esos hombres y (tal vez) mujeres tuvieron un profundo interés por la causa de Dios. Primero se trataba de un interés por la misión y el mensaje de Juan Bautista. Sabemos que Jesús no solo fue bautizado por Juan sino que trabajó con él. Jesús no comenzó su propia actividad en público hasta que Juan fuera arrestado y ejecutado.

Pero antes de que Jesús los llamara de sus diversas ocupaciones, ya había una red de conexión entre esos hombres. Después de haber sido llamados vivieron con Jesús, trabajaron con él, fueron formados por él. Le escucharon hablar, le vieron rezar, curar a los enfermos y liberar a la gente de las fuerzas del mal. Le vieron torturado y muerto y tuvieron aniquiladas sus esperanzas del Reino que vendría con poder. Estuvieron en pánico y le abandonaron cobardes. Pero después cambiaron. Hablaron de que Jesús era vivo, infundiéndoles su Espíritu (la llegada del Espíritu según Juan) o alentándoles para su misión (la experiencia de Pentecostés según Lucas).

Pero el Espíritu Santo se manifestó como aire suave inhalado o llama espectacular que superó las barreras de los idiomas; la transformación de los discípulos y su aparición en el escenario del mundo es un hecho innegable. Lo que surgió fue la realidad de la Iglesia como tal.

Según confirma la historia del mundo, registran las estadísticas del mundo, la Iglesia existe y sigue activa por el mundo entero. Durante 2000 años ha tenido un impacto en la gente, en cualquier país del mundo. La Iglesia mira a Jesús, no como figura histórica que da un ejemplo a los creyentes de cómo llevar una vida virtuosa. Si eso fuera todo, seríamos un grupo de personas triste. Sin embargo, si en Jesús la gente encuentra lo divino en la realidad humana, lo que dijo e hizo es de otra categoría.

Las escrituras, aquellos 73 escritos que consideramos de valor definitivo, son creación de la Iglesia. Ninguno de esos escritores conoció a Jesús personalmente. Igual que nosotros, le conocieron como aquel que encontraron en lo que se llamarían los sacramentos, los rituales y símbolos de la Iglesia donde Jesús seguiría vivo y activo, al igual que lo era con los hombres y mujeres a los que llamó a ser discípulos. Según Esteban, cuando murió, Jesús estuvo sentado a la derecha del Padre. Fue Él, con el Padre, quien envió al Espíritu Santo para completar su obra en el mundo y llevarnos a la plenitud de la gracia. Le reconocemos como Palabra encarnada – el Padre habló y Jesús, Hijo único y unigénito, fue oído claramente en el mundo. Es a través de él que damos todo el honor y la gloria al Padre. Como él, nosotros también estamos centrados en el Padre, obedientes a la voluntad del Padre.

**Con él: la realidad de la presencia acompañante.** Estas son las próximas dos de nuestras seis palabras. Jesús es uno que está con nosotros acompañándonos, líder, salvador, maestro, quien da vida. El “con” nos habla de presencia, no de distancia; de intimidad, y no de distanciarse. Esa presencia acompañante de Cristo resucitado de los muertos es en tal medida parte integrante de nuestra fe y perspectiva que podemos olvidarnos del carácter único de esta fe en la experiencia de las religiones del mundo. Ninguna otra fe ni religión reclama esto para la figura central de su religión o fe. Los budistas, musulmanes, confucianos jamás soñarían con decir

semejantes cosas sobre el Buda, Mohamed o Confucio. Esos hombres puede que sean venerados por sus enseñanzas, su agudeza mental, pero están muertos ahora. No son presencia actual permanente.

En la profesión de la fe cristiana se dice que la Palabra se hizo carne y vivió entre nosotros. Eso no es una especie de presencia espiritual etérea. Los católicos hablamos fácilmente de esta presencia real en el sagrado sacramento, el pueblo reunido, el sacerdote que preside la ceremonia, la palabra de Dios. Diciendo eso estamos con Jesús en su casa caminando por la Tierra Santa. Llamó a individuos a irse con él. Este grupo de hombres y mujeres viajan con él por el norte y después se desplazan al sur, a Jerusalén y al templo, que recuerda constantemente al pueblo que está elegido y que Dios estableció su tienda entre ellos. Con Jesús, esta presencia ya no se limita a un edificio sino que constituye un templo que es una persona viva.

La presencia acompañante permanece después de la Resurrección cuando Jesús, sin ser reconocido, se reúne con los dos discípulos que se dirigen a Emaús, y con toda probabilidad al Mediterráneo, y aborda el escollo de un Mesías que sufre. ¿Cuándo ven claro los dos y le reconocen? Cuando Jesús hace lo que hizo en la última cena que tuvieron con él, en vísperas de su ejecución. Tomó pan, dio gracias y lo partió. Es como si dijera: recordad lo que me ocurrió en la cruz – mi vida fue tirada – no para echar a perder la gran tarea que había iniciado sino para mantenerla en marcha. Cada vez que hagáis lo que hice entonces, sabed que estoy con vosotros. No estáis simplemente bajando por la calle del recuerdo mediante una re-escenificación de la sala de arriba. Yo estoy con vosotros manteniendo el contacto más íntimo con vosotros que jamás podáis tener con el Padre y conmigo.

El Señor resucitado puede hacerse presente directamente a la gente, y lo hace. La experiencia de Pablo en Damasco da testimonio de ello. El joven fanático que había perseguido a ese grupo fastidioso de judíos oye una voz diciendo: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” Diré más sobre esta identificación notable y única a la vez del propio Cristo con una Iglesia joven, pero plenamente eficaz, en la próxima parte, titulada “En Él”. Por el momento, tan solo saboread ese encuentro que Pablo tiene con Cristo, encuentro que marcará a Pablo de forma indeleble y del cual emanará la teología de Pablo de la Iglesia como cuerpo de Cristo.

Estar con Cristo no siempre es cómodo ni fácil. Los discípulos disfrutaron de su presencia incluso cuando estaban confusos y en la tentación de marcharse, como hicieron tantos cuando habló de comer su carne y beber su sangre. Puede que Pedro no haya comprendido, haya estado repugnado, ¿pero adónde podían irse él y los demás, ya que Jesús tenía las palabras de la vida perenne?

Podemos entrar en situaciones de vida diversas, ambientes diversos sacando fuerza de saber que no estamos solos. Cuando éramos niños, nos asustamos al ir a sitios oscuros, pero cuando íbamos con un hermano, una hermana mayores o con papá y mamá, estábamos seguros. Las cosas que vivían en la oscuridad y daban miedo no podían alcanzarnos.

Lo mismo puede hacerse realidad para los mayores. Yo era sacerdote en una parroquia de una extensión de la tercera parte de Irlanda y con una población católica de unos 900. Recuerdo que cuando me ascendieron de capellán a párroco

sin asistente, le dije al Señor: “Tu eres el pastor; conoces mejor que yo a toda esa gente. Cumpliré con mi deber como sacerdote lo mejor que pueda. Si quieres que haga algo más, déjame saber y lo haré”. Eso no es hablar con un amigo imaginario sino activar la propia fe.

No pienso que musulmanes o budistas comunicarían de una manera parecida con Mohamed o Buda.

**En Él: la realidad de la identificación.** Entre las tres frases de este conjunto ya familiar, ésta es la más increíble: *En Él*. Estamos en Él. La experiencia de Pablo en su conversión grabó tan profundamente esta unidad real en su cerebro que desarrolló la enseñanza sobre el cuerpo de Cristo para capturar de alguna manera lo que es realidad para nosotros. Las palabras que Pablo oyó fueron “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” No por qué estás persiguiendo a los seguidores de Jesús el Nazareno, sino “a mí”. En respuesta a su pregunta de “¿quién eres, Señor?” llegó esto: “Soy Jesús, a quien estás persiguiendo”.

Esta identificación de Jesús con su Iglesia es una realidad fundacional. Cuando la gente nos experimenta a nosotros, le experimentan a Cristo. Pablo reflexiona sobre esta realidad cuando habla del cuerpo de Cristo (1 Cor 12, 12-25). Piensa en un cuerpo dividido en muchas partes, dirigido por la cabeza. Entramos en este cuerpo por el bautismo. El Espíritu que tenemos es el espíritu de Cristo, dado para completar la obra de Cristo en el mundo y llevarnos a la plenitud de la gracia. Como revela el ejemplo de Pablo, no perdemos nuestra individualidad, cortada por un colectivo que destruya toda individualidad. Cada uno de nosotros es creación única por un acto amoroso, no violento, pero no estamos creados para vivir solos. Todos somos comunión, creados para ello, y tan solo alcanzamos plenitud en ello.

En Él, vivimos y nos movemos y tenemos existencia – queda dicho del Padre (v. prefación del domingo VI), Jesús se identifica con los prójimos necesitados – lo que hagáis o dejéis de hacer a los más pequeños de éstos, lo haréis o dejaréis de hacerme a mí.

Si llegamos a experimentar viva esta realidad de la unidad con Cristo, nunca volveremos a ser los mismos. El pecado resultaría ser imposible, ya que cómo podríamos hacer a Jesús objeto de manipulación, crueldad, indiferencia, ebriedad, relaciones y actos ilícitos e inmorales. Si fuéramos conscientes en lo más mínimo de su presencia en los necesitados, ¿podríamos menos de responder?

Esta realidad fundacional en él, en nosotros no queda nula por nuestro pecado. La Iglesia decidió en los primeros siglos que la falta de santidad en el sacerdote celebrando los Sacramentos no quita efecto al Sacramento. Si el Sacramento es administrado en concordancia con la intención de la Iglesia, es efectivo. El bautizo, la absolución de los pecados, la Eucaristía, la unción de los enfermos y los demás siempre son eficaces, porque es Cristo quien obra en ellos.

Cuando en el Credo decimos que creemos en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica, estamos centrados en Cristo. En él somos uno, somos santos, estamos por todas partes y nos hallamos en la misión. Tenemos que decir estas cosas, por más increíbles que suenen, en particular a la luz de los pecados manifiestos de los creyentes en Cristo, porque si no, negamos la realidad de la presencia de Cristo en

la Iglesia. La Iglesia inicial considera correcto y justo llamar a María Madre de Dios, aunque ningún ser humano pueda ser Madre de un Dios trinitario auto-existente. Pero si negásemos que María es Madre de Dios, destruiríamos la unidad de la naturaleza humana y divina en la persona de Jesús. Por eso tenemos que decir estas cosas sobre la Iglesia, e incluso que creemos en ello.

## Conclusión

Al examinar estas palabras con vosotros, abrigo la esperanza de que veáis más claramente lo profundo de la transformación que tuvo lugar en vosotros al entregaros a Cristo y de vuestra experiencia del amor de Dios. Vivimos nuestro cuarto día junto con nuestros amigos Cursillistas en la Reunión de Grupo y Ultreya, pero las más veces damos testimonio como individuos. Y debe importarnos la diferencia.

Ha pasado mucho en la Iglesia desde nuestro último Encuentro Mundial. En 2005, Twitter no existió, Facebook no tenía ni siquiera dos años. El primer iPad de Apple salió el 3 de abril de 2010. La población mundial ha superado ahora los 7 millones, hay unos 1.200 millones de católicos. En torno a 2011, los católicos de las Américas representaron el 48,8% de la población católica del mundo, seguidos por Europa con un 23,5%, África con un 16%, Asia con un 10,9% y Oceanía con un 0,8%. Cálculos fiables muestran que dos tercios de los católicos del mundo nacieron después del II Concilio Vaticano, a mediados de los años 60. Todavía hay muchos e incluso todo un mundo que puedan vivir a Cristo en persona, directamente y a través de los medios sociales, mientras proyectemos nuestro verdadero ser en ciberespacio, y no cualquier obra de ficción personal.

Mucho más recientemente hemos vivido una agitación en la Iglesia a su nivel más alto. El 11 de febrero de 2013 escuchamos estas palabras:

*Queridísimos hermanos,*

*Os he convocado a este Consistorio, no sólo para las tres causas de canonización, sino también para comunicaros una decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia.*

*Después de haber examinado ante Dios reiteradamente mi conciencia, he llegado a la certeza de que, por la edad avanzada, ya no tengo fuerzas para ejercer adecuadamente el ministerio petrino. Soy muy consciente de que este ministerio, por su naturaleza espiritual, debe ser llevado a cabo no únicamente con obras y palabras, sino también y en no menor grado sufriendo y rezando.*

*Sin embargo, en el mundo de hoy, sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve para la vida de la fe, para gobernar la barca de San Pedro y anunciar el Evangelio, es necesario también el vigor tanto del cuerpo como del espíritu, vigor que, en los últimos meses, ha disminuido en mí de tal forma que he de reconocer mi incapacidad para ejercer bien el ministerio que me fue encomendado.*

*Por esto, siendo muy consciente de la seriedad de este acto, con plena libertad, declaro que renuncio al ministerio de Obispo de Roma, Sucesor de San Pedro, que me fue confiado por medio de los Cardenales el 19 de abril de 2005, de forma que, desde el 28 de febrero de 2013, a las 20.00 horas, la sede de Roma, la sede de San Pedro, quedará vacante y deberá ser convocado, por medio de quien tiene competencias, el cónclave para la elección del nuevo Sumo Pontífice.*

Si fue algo inesperado la renuncia del Papa, también lo fue la elección por el Colegio de Cardenales, el 13 de marzo de 2013, del Cardenal Bergoglio, Arzobispo de Buenos Aires, como Obispo de Roma. Es el primer Jesuita, el primero de las Américas, el primero del hemisferio sur. No tenía ninguna posición en Roma. No está apegado a algunas de las tradiciones mantenidas por sus antecesores. No solo habla a la gente en encíclicas cuidadosamente redactadas, sino en homilias diarias y entrevistas ocasionales. Entiendo que el estilo de vida humilde adoptado por él tuvo su impacto en los cardenales y otros altos funcionarios del Vaticano. No le llevan al Papa en una limusina sino en un Volkswagen. Entiendo que algunos de los cardenales también van en Volkswagen ahora.

A nosotros los Cursillistas, ver el impacto de una persona con fe, como lo vemos en el Santo Padre que vive lo que cree, no nos sorprende. Hemos visto el impacto que Santos Padres anteriores tuvieron en nuestra sociedad, pero este hombre vuelve a ser diferente. Con un mundo de tantos jóvenes llenos de sueños de un mundo mejor, vivos unos para otros por las redes sociales, tenemos un mundo en el que el Evangelio sigue siendo buena noticia.

Sabemos del momento de Clausura de nuestro Cursillo que Cristo cuenta con nosotros. Lo vemos en los que consideramos grandes o pequeños, como el Papa, nosotros mismos y nuestros amigos. Reflexionando sobre lo que he compartido con vosotros, debéis estar aún más convencidos de que no solo Cristo cuenta con vosotros, sino que también está con vosotros y en vosotros, y que por Él sois uno con el Padre, cuya voluntad procuréis que se haga siempre.  
De colores